

—De acuerdo—contestó Labonce.

—¿No habrá ningún fallo?

—Ninguno. Ya sabe usted que no somos unos párvulos y que les seguiremos como un solo hombre.

—¿Hasta contra Brégeac?

—¡Sí!

—¡Ah! la botella... ¡Dámela, Tony!

Agarró la botella o, mejor dicho, la caja que la contenía y, dando por bien tomadas sus disposiciones, subió vivamente la escalera y entró como amo y señor en el despacho de donde fuera expulsado ignominiosamente aun no hacía medio año. ¡Qué victoria para él! ¡Y con qué insolencia la dió a entender, moviéndose con sonoras pisadas y contemplando sucesivamente los retratos colgados a la pared que representaban a Aurelia, a Aurelia niña, a Aurelia adolescente, a Aurelia mayor!...

Brégeac inició una protesta. Pero Marescal le hizo sentar en seguida.

—¡Es inútil, Brégeac! No podrá conseguir nada. Y su debilidad proviene de que usted ignora las armas que tengo contra la señorita y, consecuentemente, contra usted. Cuando las conozca, quizá piense que su deber es acatarlas.

Ambos enemigos, en pie, uno frente al otro, se amenazaban con la mirada. Su odio era igual; estaba compuesto de ambiciones opuestas, de instintos contrarios y, sobre todo, de una rivalidad en la pasión que exasperaban los acontecimientos. Aurelia esperaba, cerca de ellos, sentada en una silla, pero con el busto erguido.

Como algo extraño, llamó la atención de Marescal el hecho de que la joven pareciera haberse tranquilizado. Aunque continuaba con el rostro contraído y con huellas de fatiga, no tenía, sin embargo, como al principio del ataque, el aire de víctima impotente y cazada. Tenía la misma actitud rígida que su padrastro le viera en el banco de Santa María. Sus ojos, grandes, abiertos, mojados por lágrimas que fluían a lo largo de sus pálidas mejillas, estaban fijos. ¿En qué pensaba? A veces se reanima uno al llegar al fondo del abismo. ¿Creería la joven que Marescal era accesible a la compasión? ¿Tendría un plan defensivo que permitiese escapar a la justicia y al castigo?

Marescal dió un puñetazo en la mesa.

—¡Vamos a ver!

Y, prescindiendo de la joven, se dirigió hacia el otro, acercándosele tanto, que tuvo que retroceder mientras oía:

—Es cosa de pocos minutos. Se trata de hechos, solamente de hechos, algunos de los cuales, Brégeac, le son conocidos, mientras la mayoría no han tenido más testigo que yo o solamente han sido comprobados por mí. No intente negarlos; se los diré tal como fueron, sencillamente. Son éstos. El veintiséis del pasado abril...

Brégeac se estremeció.

—El veintiséis de abril fué el día de nuestro encuentro en el bulevar Haussmann. Y también el día en que su hijastra se marchó de casa.

Y Marescal agregó claramente:

—Asimismo es el día en que fueron muertas tres personas en el rápido de Marsella.

—Pero, ¿qué relación ha de haber?—preguntó Brégeac, entrecortado.

El comisario le hizo una señal para que se calmara. Todo sería relatado a su debido tiempo, en orden cronológico. Y continuó:

—El caso es que el veintiséis de abril, el vagón número cinco de ese rápido estaba ocupado por cuatro personas. En el primer departamento iban una inglesa, miss Bakefield, ladrona, y el barón de Limézy, que dice ser explorador. En el departamento del fin iban dos hombres, los hermanos Loubaeux, que residían en Neuilly-sur-Seine. En el vagón anterior, o sea el cuarto, además de varias personas que no se han metido en nada y que de nada se dieron cuenta, iban un comisario de informes internacionales y un joven con una joven. Éstos ocupaban solos un departamento, cuya luz habían apagado y cuyas cortinillas habían echado, como si fueran dormidos. Nadie, pues, ni aun el mismo comisario, pudo fijarse en ellos. Ahora bien: el comisario era yo, que vigilaba a miss Bakefield, y el joven era Guillermo Ancivel, zurupeto y ladrón, asiduo visitante de esta casa, que se marchaba furtivamente con su compañera.

—¡Mentira, mentira!—exclamó Brégeac con indignación—. Aurelia está por encima de toda sospecha.

—Yo no he dicho que la compañera fuese la señorita—replicó Marescal.

Y siguió diciendo fríamente:

—Hasta Laroche, nada. Y pasó media hora más, también sin nada de particular. Pero de

pronto, bruscamente, vino el drama. El joven y la joven, saliendo de la sombra, pasan del vagón número cuatro al número cinco. Van disfrazados con largas blusas grises, gorras y antifaces. El barón de Limézy les esperaba a la entrada del vagón número cinco. Entre los tres asesinan y desvalijan a miss Bakefield. El barón, luego, hace que le aten sus cómplices, quienes, continuando el camino, matan y despojan a los dos hermanos. A la vuelta topan con el revisor. Pelea. Pon fin huyen, mientras el revisor da con el barón de Limézy atado como una víctima y que dice haber sido robado también. Ya está el primer acto. El segundo empieza con la huída por los terraplenes y por el bosque. Pero ya se ha dado la voz de alarma. Me informo. Tomo rápidamente las disposiciones necesarias. ¿Resultado? Los dos fugitivos se ven en peligro. Uno escapa; el otro es detenido y encerrado. Me llaman. Voy a verle. Se halla en un lugar oscuro. Es una mujer.

Brégeac había ido retrocediendo como un borracho. Apoyado en el respaldo de un sillón, balbuceaba:

—¿Está usted loco?... ¡Vaya unas cosas incoherentes!... Sí: ¡está loco!...

Marescal, inflexible, continuó:

—Voy a terminar. Gracias al falso barón, en el cual confié equivocadamente, se salva la prisionera y se reúne con Guillermo Ancivel. Doy con sus huellas en Montecarlo. Luego pierdo el tiempo. Busco en vano... hasta el día en que se me ocurre la idea de volver a París para ver, querido Brégeac, si sus investigaciones habían sido más afortunadas y

había usted descubierto el refugio de su hijastra. De esa manera pude llevarle una lanterna de varias horas para ir al convento de Santa María y llegar a cierta terraza donde la señorita se complacía en oír galanteos. Pero el galán no era Guillermo Ancivel, sino el barón de Limézy, o sea el tercer cómplice.

Brégeac escuchaba con espanto tan monstruosas acusaciones. Todo aquello debía parecerle tan implacablemente verdadero, explicaba tan lógicamente sus propias intuiciones, correspondía tan rigurosamente a las semiconfidencias que Aurelia acababa de hacerle respecto a su desconocido salvador, que ya no intentaba protestar. Observaba, en cambio, a la joven, inmóvil y muda, rígida. Las palabras pronunciadas no parecían llegar a ella. Parecía escuchar, más que aquellas voces, los rumores de fuera. ¿Acaso esperaba todavía una imposible intervención?

—¿Y qué?—preguntó Brégeac.

—Que, gracias a él—repuso el comisario—, consiguió escapar otra vez. Y le confieso que hoy siento ganas de reír, porque...

Bajó el tono.

—Porque ha llegado la hora de mi desquite... ¡Y qué desquite, Brégeac!... ¿Recuerda usted?... Hace seis meses... Fuí despedido como un criado... Solamente faltó el clásico puntapié... Y ahora está en mi poder la jovencita... ¡Nada más!...

Giró la muñeca y el puño como quien da vuelta a una cerradura. Tan preciso era el gesto, indicaba tan claramente su espantoso propósito respecto a Aurelia, que Brégeac exclamó:

—¡No, no!... ¡Eso no puede ser así, Marescal!... ¿Verdad que no entregará a la chica?...

—En Santa María—replicó Marescal duramente—le ofrecí la paz. La rechazó. ¡Peor para ella! ¡Hoy es demasiado tarde!

Y como Brégeac se acercase tendiéndole las manos en actitud de súplica, cortó en seco tal movimiento, diciendo:

—¡Es inútil, completamente inútil!... ¿No me ha aceptado a mí? ¡Pues no tendrá a nadie!... La cosa no puede ser más justa. Al pagar los crímenes cometidos me paga el daño que me ha causado. Es preciso que sea castigada. Y yo me vengo castigándola... ¡Peor para ella!...

Daba patadas en el suelo o acompañaba sus imprecaciones con puñetazos en la mesa. Además, mascullaba injurias a Aurelia, muy propias de su grosero natural.

—¡Mírela, Brégeac! ¿Piensa ni por asomo en pedirme perdón? ¿Se humillará aunque usted incline la cabeza? Y ¿sabe usted por qué guarda esa mutismo y se muestra con esa energía contenida y arisca? ¡Porque todavía espera! Sí; tengo la convicción de que espera. Quien la ha salvado tres veces de mis garras la salvará la cuarta vez.

Aurelia no se movía.

Marescal agarró de pronto un aparato telefónico y llamó a la prefectura de policía.

—¿La prefectura?... Que se ponga al oído el señor Philippe... De parte del señor Marescal.

Volviéndose entonces hacia la joven, le aplicó al oído el auricular libre.

Aurelia no se movió.

Al extremo de la línea replicó una voz. Y el diálogo fué breve.

—¿Eres tú, Philippe?

—¿Marescal?...

—Sí. Oye. Junto a mí hay una persona a la que yo quería cerciorar de cierta cuestión. Responde claramente, pues, a la pregunta que voy a hacerte.

—Habla.

—¿Dónde estabas hoy a mediodía?

—En el Depósito, como tú me rogaste. He recibido al individuo que Labonce y Tony traían de tu parte.

—¿Dónde lo cogimos?

—En el piso que ocupaba en la calle de Courcelles, enfrente mismo de casa de Brégeac.

—¿Le han encerrado?

—En mi presencia.

—¿Qué nombre ha dado?

—El de barón de Limézy.

—¿De qué esta inculpado?

—De ser el jefe de los bandidos del rápido.

—¿Le has vuelto a ver?

—Ahora mismo, en la oficina antropométrica. Todavía está allí.

—Gracias, Philippe. Eso quería saber. Adiós. Colgando el auricular, exclamó:

—¿Qué tal, querida Aurelia? ¿Dónde está el salvador? ¡A buen recaudo!

La joven dijo:

—Ya lo sabía.

El otro se echó a reír.

—¡Ya lo sabía! ¡Ya lo sabía! Pero, de todos modos, lo espera... ¡Tiene gracia!...

Sabe que está bajo el peso de toda la policía y de toda la justicia; que es un guñapo, un montón de miseria... ¡Y le espera!... ¿Se derrumbarán los muros de la cárcel?... ¿Le ofrecerán un auto los mismos guardianes? Ya está aquí. Y va a entrar por la chimenea o a filtrarse por el techo...

Estaba fuera de sí y, brutalmente, sacudía por un hombro a la joven, impassible y distraída.

—¡Nada, Aurelia, nada! Se acabaron las esperanzas. Al salvador le hemos hecho la pascua. Hemos archivado al señor barón. Y dentro de una hora te tocará el turno, pollita. Te raparán la cabeza, irás a Saint-Lazare, comparecerás en los tribunales... ¡Ah, mala persona! Ya he llorado bastante por tus hermosos ojos verdes. Ahora llorarán ellos...

No terminó la frase. Brégeac, que estaba detrás, se había levantado y le había agarrado por el cuello con sus manos febriles. La acción había sido espontánea. La primera vez que Marescal tocó el hombro de la joven, ya se dirigió hacia él, indignado por semejante ultraje. Marescal se dobló ante el ímpetu inesperado. Y los dos hombres rodaron por el suelo.

La lucha fué encarnizada. Tanto uno como otro hacían gala de una rabia exacerbada por el odio de su rivalidad. Y si bien Marescal era más forzado y vigoroso, Brégeac estaba animado por tal furor, que el desenlace no se entrevió durante mucho tiempo.

Aurelia les miraba con horror; pero no se movía. Los dos eran enemigos de ella, los dos eran igualmente execrables.

Finalmente, Marescal, que había sacudido la opresión y apartado las manos mal intencionadas, procuró encontrar el propio bolsillo y sacar la browning. Pero el otro le retorció el brazo. Y lo más que consiguió fué coger el silbato que colgaba de la cadena del reloj. Resonó un silbido estridente. Brégeac redobló los esfuerzos para agarrar nuevamente por el cuello a su adversario. Y se abrió la puerta. Una silueta saltó a la habitación y se precipitó sobre los antagonistas. Casi al momento se encontró libre Marescal. Y Brégeac veía a un decímetro de sus ojos el cañón de un revólver.

—¡Bravo, Sauvinox! —exclamó Marescal—. Será tenida en cuenta su excelente intervención, amigo mío.

Tan grande era su cólera que tuvo la cobardía de escupir a la cara de Brégeac.

—¡Miserable! ¡Bandido! ¿Crees que te vas a salir de rositas? Por de pronto vas a dimitir en seguida... Lo exige el ministro... Llevo la dimisión en el bolsillo... No tienes más que firmarla...

Exhibió un papel.

—Tu dimisión... y las confesiones de Aurelia... Lo he redactado de antemano... Firma, Aurelia... ¿Quieres leerlo? «Confieso que he participado en el crimen del rápido, sucedido el veintiséis del pasado abril; que he disparado sobre los hermanos Loubeaux; que...» etcétera. Es el resumen de la historia. No vale la pena de seguir... ¡Firma!... No perdamos el tiempo.

Había introducido un portaplumas en el tin-

tero y se obstinaba en metérselo a la fuerza entre los dedos.

Aurelia, pasadamente, apartó la mano del comisario, cogió el palillero y firmó, con arreglo al deseo de Marescal, sin tomarse la molestia de leer. La letra resultó firme. La mano no temblaba.

—¡Ah! ¡Ya está! —exclamó con un suspiro de satisfacción—. No creía terminar tan pronto. Te felicito, Aurelia, por haber comprendido la situación. ¿Y tú, Brégeac?

Éste movió negativamente la cabeza.

—¿Cómo? ¿Se niega el caballero? ¿Acaso presume que continuará en su cargo? ¡A lo mejor se figura que ha de ascender, aunque sólo sea como padrastro de una criminal! ¡Tiene gracia! El buen señor continuaría dándome órdenes, ¿no? ¡Eres delicioso, querido compañero! Ya te deshinchará el escándalo. Y mañana, cuando se lea en los diarios la detención de la chica, te verás obligado...

Los dedos de Brégeac apretaron el palillero que se le tendía. Al leer la carta de dimisión vaciló.

Aurelia le dijo:

—Firme.

Y firmó.

—Ya está—exclamó Marescal embolsillándose ambos papeles—. Un jefe, derribado, lo cual implica una plaza vacante que, por cierto, me ha sido prometida. Y la pequeña, en la cárcel, lo cual me curará poco a poco del amor que me torturaba.

Pronunció cínicamente tales palabras, descubriendo el fondo de su alma. Y añadió con carcajada cruel:

—No es esto todo, Brégeac, porque, lejos de abandonar la partida, pienso llegar más lejos.

Brégeac sonrió amargamente.

—¿Más lejos? ¿Para qué?

—Más lejos, sí, Brégeac. En lo de los crímenes de la muchacha estamos de acuerdo. Pero hay algo más.

Y hundía su mirada en los ojos de Brégeac, que murmuró:

—¿Qué quiere decir?

—Demasiado lo sabes. Si no lo supieras, y si no fuera verdad, no hubieras firmado ni admitirías que te hablase en este tono. Tu resignación es una confesión. Y si puedo tutear-te es porque temes.

El otro protestó.

—No temo nada. Lo que ocurre es que soporto el peso de lo que ha hecho esta desgraciada en un momento de locura.

—Y el peso de lo que tú has hecho, Brégeac.

—Aparte de lo de ella, no hay nada.

—Aparte de lo de ella—repitió Marescal sordamente—está el pasado. No hablemos del crimen de ahora. Pero, ¿y el de hace tiempo, Brégeac?

—¿El de hace tiempo? ¿Qué quiere decir eso?

Marescal dió un puñetazo, argumento supremo para él y que venía a ser como rúbrica de una expresión colérica.

—¿Aun quiere más explicaciones? Quien las ha de pedir soy yo. ¿Qué significa cierta expedición efectuada un reciente domingo, por la mañana, a orillas del Sena?... ¿Y tu vi-

gilancia ante la finca abandonada?... ¿Y la persecución del hombre del saco?... ¡Caramba! ¿Habré de recordarte que esa casa era la de los hermanos muertos por tu hijastra y que el hombre del saco era un tal Jodot, a quien actualmente hago buscar?... Jodot estaba asociado a los hermanos... A Jodot lo encontré tiempo atrás en esa casa... ¡Ah! ¡Cómo se encadena todo!... Y ¡cómo se atisba la relación entre todas esas maquinaciones!...

Brégeac, encogiéndose de hombros, tartajeó:

—Absurdos... Hipótesis idiotas...

—Hipótesis, sí, impresiones... La verdad era que no me detenían cuando yo, tiempo atrás, venía aquí y olisqueaba, como un buen perdiguero, todo cuanto había de molestia, de reticencia, de aprensión confusa en tus actos y en tus palabras... Pero esas hipótesis se han ido confirmando poco a poco desde hace algún tiempo... Y pronto serán certidumbre, Brégeac... No lo podrás evitar... Será una prueba irrecusable, una confesión que harás a pesar tuyo, y en seguida...

Cogió la caja que había dejado antes sobre la chimenea y la abrió. Contenía una de esas fundas de paja que sirven para proteger las botellas. Una había, la cual fué extraída por Marescal, que la puso ante Brégeac.

—Aquí la tienes, compañero... La reconoces, ¿verdad? Es la que robaste a Jodot, la que yo te cogí y la que otro me ha robado luego. ¿Quién es ese otro? El barón de Limézy, sencillamente. En su casa la he encontrado. ¿Comprendes mi alegría? Esta botella es un

verdadero tesoro. Aquí la tienes, pues, con su etiqueta y la fórmula de un agua cualquiera... ¡El agua de Juventá! Limézy la ha provisto de un tapón y sellado con lacre. Mírala. Dentro se ve un rollo de papel. Eso sería precisamente lo que deseabas quitarle a Jodot. Alguna confesión, ¿no? Alguna muestra comprometedora de tu letra, ¿eh?... ¡Oh, pobre Brégeac!...

Triunfaba. Mientras hacía saltar el lacre y descorchaba la botella, lanzaba al azar palabras e interjecciones:

— ¡Marescal, célebre en todo el mundo!... ¡Detención de los asesinos del rápido!... ¡El pasado de Brégeac!... ¡Qué efecto en los mundillos policíacos y judiciales!... ¡Sauvinox! ¿Tienes las esposas para la joven? Llama a Labonce y a Tony... ¡Oh! La victoria, la victoria completa...

Inclinó la botella. Salió el papel. Lo desplegó. Y, arrebatado por sus fogosos discursos, como un corredor al que su impulso precipita más allá de la meta, leyó, sin pensar al principio en la significación de lo que decía:

«Marescal es un idiota.»

X

HAY PALABRAS TAN IMPORTANTES COMO LOS
HECHOS

HUBO un silencio de estupor, que sirvió para prolongar la frase inconcebible. Marescal estaba alelado, como un boxeador que va a derrumbarse a consecuencia de un golpe en el vacío del estómago. Brégeac, amenazado siempre por el revólver de Sauvinox, también parecía desconcertado.

Y de pronto estalló una risa nerviosa, involuntaria, pero que, al fin y al cabo, sonaba alegremente en la densa atmósfera de la estancia. Era Aurelia, a quien el palmo de narices del comisario producía ese acceso de hilaridad, verdaderamente intempestivo. El mismo hecho de que la frase cómica hubiera sido pronunciada en alta voz por la persona ridiculizada en ella le arrancaba lágrimas de los ojos: «¡Marescal es un idiota!»

El calabacín la miró sin disimular su inquietud. ¿Cómo podía ocurrir que la joven pasara por tal crisis de alegría, dada la situación horrible en que se encontraba respec-